

Variaciones sobre la posmodernidad, o ¿qué es eso del posboom latinoamericano?¹

Mempo Giardinelli

La búsqueda, si fuera posible, de una definición sobre la estética posmoderna latinoamericana es el objetivo principal de este artículo. Para lograrlo se intenta primero responder a la pregunta qué es lo posmoderno, en cuya respuesta se encuentran dos tendencias: sinónimo de escepticismo –actitud iconoclasta– o lo crítico y propositivo –permanentemente moderno. A partir de esta segunda respuesta, se delinearán algunos de los rasgos de la estética latinoamericana, entre los cuales aparecen la recuperación de la oralidad, la exhortación a la reflexión, la influencia de los medios visuales, el minimalismo y la redefinición del rol de la mujer.

Voy a empezar confesando mis prejuicios, mis temores y mi confusión. Por lo tanto, ruego se tomen mis palabras sólo a partir de estas admisiones. Solicito también que todo lo que diga se tenga por provisorio, por la simple reflexión de un intelectual latinoamericano, un escritor que procura explicar –explicándose– el tiempo y el lugar, en los que vive y produce su obra.

Confieso que cada vez que me encuentro ante la necesidad de entrar

1 El texto es una ponencia leída en la 3ª Feria Internacional del Libro de Bogotá, el 5 de mayo de 1990; bajo el título "Posmodernidad y posboom en la literatura latinoamericana" y fue recogido en el volumen del autor, *Así se escribe un cuento*, 1992. Reimpreso de la revista *Puro cuento*, Buenos Aires, núm. 23, julio/agosto de 1990, con el permiso del autor.

en definiciones, siento pánico y me gana un vigoroso afán de resistir. Para mí, todo lo que queda definido empieza a morir. Para mí, toda llegada, toda conclusión, es morir. Por ende, creo que todo camino es vida, razón por la cual cada vez que alguien se pone a definir siento una mezcla de recelo y envidia. Y en materia de corrientes literarias, siento que cuando alguien define una en realidad está hablando de algo que ya existe desde hace mucho aunque el definidor se considere un pionero en ese momento.

¿No sucedió esto, ya, con el llamado *boom* de los 60 y antes con el surrealismo? Sus definidores creían estar descubriendo lo que ya habían descubierto Rabelais, Gerónimo Bosch o Cervantes. O el mismo Cristóbal Colón que en su monumental testarudez y equívoco fue el verdadero fundador del llamado Realismo Mágico Latinoamericano. Hace 500 años y no hace 30. Y ahí está, como prueba, su memorable Cuaderno de Bitácora.

¿No estará pasando ahora algo parecido? ¿Qué define a la posmodernidad? ¿Minimalismo, intensidad, existencialismo, desaliento, desdén por los llamados “valores morales”? ¿Las formas comprimidas y la oposición a lo barroco, la presencia de los aparatos audiovisuales, la declinación de la capacidad lectora de las sociedades contemporáneas y su sustitución por un pensamiento más simplificado y simplista, y acaso el fiasco del 68, de Vietnam, de la perdida revolución social latinoamericana y la llamada “muerte de las utopías”? Todo esto y mucho más, como la decadencia general de nuestras sociedades; el deterioro de la calidad de vida; la violencia urbana irracional (cabría preguntarse, sobre todo en Colombia, si existe alguna violencia que sea “racional”); el desprecio por la vida propia y por ende la ajena, el resentimiento social agudizado, *son todos* elementos de la posmodernidad, según leemos en muchos autores. Como lo es también el no creer en Dios ni en la madre ni en la política; ni en el progreso ni en la ética; y entonces “pasar de todo” o “estar de vuelta”. Un contexto, dicho sea de paso, en el que es natural que las drogas aparezcan como falsos nirvanas ilusorios.

¿Me falta acaso algo más para delinear la posmodernidad?

Bueno, si ese conjunto arroja una estética contemporánea, no me parece mal. Me parece inevitable. Aunque a mí me gustaría que pudiéramos juzgar esa estética dentro de treinta o cuarenta años –sería lo prudente– quizá también sea inevitable considerar estos aspectos aquí y ahora sencillamente porque hacen al mundo en que nos movemos y en el que producimos nuestras obras.

Claro que, como autor yo mismo, dejo aclarado que no pretendo

que esta estética revolucione nada, ni que sea tan original. Y es que no deja de ser una *melange*, y ello porque es indicadora de la mezcla en que vivimos. Eso que los argentinos, tangueramente, llamamos cambalache, es decir mezcla absurda pero posible de Biblia y Calefón, Carnera y San Martín.

El posmodernismo, entonces, sería una *summa*, una acumulación de circunstancias existenciales, de cotidianidad, que va delineando su propia estética. Y también su filosofía. En este sentido, se comprende la coexistencia de epígonos como Beckett o Carver o Bukowsky mezclados con Almodóvar y Eliseo Subiela, con Madonna y con Sting.

En mi opinión, todas estas características –intercambiables, interactuantes, dinámicas– tienen todo el derecho (diría la necesidad) de expresarse. Y se expresan, en efecto, en esta estética que estamos comprobando, asimilando y –algunos, muchos– resistiendo. Que no es mi caso. Al contrario, creo que hay que evitar la resistencia y suelo exigirme, antes que el juicio, la comprensión. Y para poder comprender tengo que ir hacia atrás, en revisión de mi propia cultura. Y me pregunto: ¿No es verdad que venimos de una cultura que por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial parece empeñada en celebrar la hipocresía y la ignorancia? ¿No es ésta una cultura que hace la apología de la imbecilidad, el facilismo y la falsificación? ¿No fueron mis padres –muchos padres– desalentados mediocres que nos legaron un mundo irracional y despiadado, en choque esquizofrénico con bonitos discursos y una actitud política generalizada de corrupción y simplificaciones? ¿No hemos visto a un mediocre actor al que hubiera desdeñado Esquilo gobernando la nación más poderosa de la Tierra? ¿No venimos de una educación que santificó abundancias mal repartidas, que predicó paces haciendo guerras, y que nos enseñó dioses a los que temer antes que adorar?

No me siento ni espantado ni abrumado por todo esto. Me confieso idealista, y aspiro a ser un apasionado testigo-protagonista de este tiempo. Me parece, entonces, que ciertas propuestas, ciertas actitudes iconoclastas de algunos jóvenes posmodernos como hay en mi país, que desprecian todo lo establecido y más o menos reconocido, famoso o consagrado, son en cierto modo una actitud de rebeldía. ¿Por qué no pensar entonces –propongo– que acaso la posmodernidad sea el grito de rebelión posible de este fin de milenio? ¿Y por qué no pensar, también, que como todo grito lo es a la vez de impotencia y de dolor, y es pedido de auxilio, anhelo de redención?

Este asunto de la posmodernidad también me parece, por momen-

tos, un poco tramposo. Y digo por qué: porque pareciera pretender establecerse un límite innecesario y fútil: se está de un lado o del otro. Se pretende que lo posmo sea *in* y lo moderno devenga antiguo y por lo tanto *out*. Eso no me gusta, porque no me parece una actitud intelectualmente legítima. Recortar, segmentar, esquematizar, puede ser un buen método para la investigación, el análisis y la crítica, pero no me parece válido para comprender una estética. Y mucho menos válido cuando toda estética debe ser considerada y mirada en su totalidad, globalidad y universalidad.

Además, estoy convencido de que ser moderno —pretender serlo— es una manera de rebelarse, de ser cuestionador y contestatario frente a lo establecido. Ser moderno es cuestionar y protestar y transgredir, y esto ha sucedido en todo tiempo y lugar porque hace a la naturaleza del intelectual y del artista. Por lo tanto, sospecho que como nadie puede evitar la sensación de asombro que nos produce el mundo en que vivimos, que es de una modernidad apabullante, acongojante y desesperante, entonces pareciera que tenemos que ser posmodernos. De lo cual se desprende que la posmodernidad vendría a ser algo así como la modernidad de la modernidad.

Lo ha dicho mejor Marilynne Robinson en su estupendo trabajo sobre los cuentos de Raymond Carver (que acabo de leer en la revista *Quimera* número 4, edición latinoamericana): “La idea de lo moderno es ahora tan, tan vieja, que ha tenido que ser re-etiquetada como lo *posmoderno*, y con la garantía de que el nuevo producto es aun más árido, más cínico, más abismal que el producto al que estamos acostumbrados”.

Como ustedes apreciarán, lo que estoy haciendo es una simple variación sobre un tema que me preocupa y sobre el que me cuesta arribar a un juicio acabado. Me preocupa porque —me guste o no— es la estética de mi tiempo, el tiempo en el que vivo y escribo. Y porque mi propia obra —sobre la cual no seré yo el que hable— está inmersa en esa estética, la acompaña, la recorre, independientemente de mis propósitos. Es que yo mismo, cuando busco e interrogo, cuando hago literatura para saber por qué la hago, cuando exprimo mi pobre cerebro para alcanzar algunas comprensiones, estoy entrando en esta modernidad de la modernidad. Y entrando a chaleco, a la fuerza, con todo, porque para mí escribir es transgredir, es cuestionar, es protestar y es denunciar; del mismo modo que es proponer y conmovir, porque uno escribe desde su propia desesperación.

Claro que me distancio de la actitud suficiente (en mi país decimos “canchera, sobradora”) de algunos posmodernos inmaduros. Quiero

decir: procuro estar lejos de la actitud iconoclasta de algunos rebeldes de opereta como abundan en mi tierra. Y es que yo no comparto el escepticismo como pose seudonietzscheana. No comparto la iconoclastia ni el espíritu "pasota", esencialmente nihilista. Antes bien, creo en la posmodernidad como modernidad de la modernidad pero con espíritu recomponedor con propuestas que no maten por decreto a las utopías sino que las re-piensen a fin de actualizarlas y adecuarlas —es decir, modernizarlas— a los tiempos que vivimos.

Si me dicen que posmodernidad es caer en reducciones, como si ser posmo fuera sólo ser minimalista, me opongo. Si me proponen que la posmodernidad consiste sólo en retornar al existencialismo de Samuel Beckett, lleno de atrocidad, escepticismo, desencanto, fatalismo y ese espíritu "pasota", ese "estar de vuelta" o "pasar de", confieso que no me gusta y que sigo prefiriendo el existencialismo sartreano. Si se propone que la posmodernidad en literatura es el grotesco, el lirismo desencantado y desencajado, la ficcionalización desde la falta de adjetivos y el cripticismo minimalista, no me parece suficiente.

Pero sí me confieso posmoderno y acepto sus postulados si la posmodernidad se entiende como una *actitud* de rebeldía y disconformidad propositiva. *Si posmodernidad es —como creo— la modernidad permanente.*

Es en este sentido que desde hace algunos años entiendo el llamado *posboom*, designación acaso poco feliz pero que no es mía. Así lo he escrito en algunos artículos en mi país, entre 1984 y 85, y en varias conferencias que pronuncié en universidades norteamericanas desde entonces hasta ahora. Y cuando digo en este sentido me refiero a que esta escritura contiene una elevada carga de frustración, de dolor y de tristeza por todo lo que nos pasó en los 70 y 80; una carga de desazón, rabia y rebeldía (es decir, modernidad) por el mundo al que desembo-camos y en el que estamos y nos desagrada. Pero literatura, también (y éste es para mí un aspecto central) en la que no se contienen ni la burla ni la humillación. No hay autocompasión ni guiños cómplices, ni exageración ni mucho menos exotismo para que Norteamérica y Europa lean en nosotros lo que ellos quieren ver y ya saben —prejuiciosamente— de nosotros: que somos desordenados, holgazanes, corruptos, machistas, racistas, perseguidores de mulatas, autoritarios e incapaces de vivir en democracia.

Posmodernidad, posboom o como quiera que se llame, para mí es eso: en literatura una escritura del dolor y la rebeldía pero sin poses demagógicas, sin volvernos profesionales del desdén, de la suficiencia,

del exilio *ni de nada*. Quiero decir: ser posmoderno es ser moderno siempre, joven siempre, rebelde siempre, transgresor siempre, y disconforme y batallador como constante actitud ética y estética.

Aunque –insisto– me inhibo de definir la escritura posmoderna, dado el carácter de esta mesa me gustaría compartir con ustedes algunas observaciones que, en mi opinión, ayudarían a redondear el concepto. Estas observaciones, que son provisorias, son las siguientes:

- 1) La escritura posmoderna abandona ciertas líneas ya clásicas de la literatura latinoamericana: la escritura a lo Borges, a lo Cortázar, a lo García Márquez. No hay ahora tanta orfebrería verbal, ni esa retórica narcisista (como la ha llamado Juan Manuel Marcos) que atrae y seduce al lector y lo deslumbra más por los artificios del autor que por la materia narrada. Alejada del virtuosismo procura instalarse más en la recuperación de las voces de la oralidad, en cierta sencillez expositiva y en la no exageración forzada de los rasgos de los personajes. El estilo posmoderno es menos sofisticado.
- 2) El exilio –exterior o interior– es producto del desgarramiento de nuestras naciones y presencia casi ineludible en nuestras prosas. Esto produce una escritura más tímida y cautelosa, donde campean el dolor, la rabia y la impotencia por los muertos que sufrimos. Y a la vez se propone –creo– como una exhortación a la reflexión, a revalorizar la vida lejos de miradas dogmáticas. La posmodernidad es evidente, está alejada de discursos “comprometidos” y no quiere hacer una literatura al servicio de ideología o revolución alguna. Quizá por eso nos hemos vuelto tan solemnes sin parecerlo, menos capaces del juego verbal. Y quizá por eso el sentido del humor es a veces paródico, y en el fondo tan triste. Así como otras generaciones se definieron por las grandes guerras mundiales, por los dictadores de la *belle époque* o por la revolución cubana, creo que la escritura del posboom se define políticamente por la democracia, por la convivencia pacífica y por la justicia social como lenta construcción. Cautelosos y menos rimbombantes, los escritores latinoamericanos actuales han simpatizado de modo casi unánime –aunque no dogmático– con la Nicaragua Sandinista, del mismo modo que condenan atropellos y desapariciones (ese eufemismo maldito de nuestro tiempo) y bregan por el retorno de los exiliados a sus patrias.

- 3) La escritura posmoderna recibe y delata una marcada influencia de los medios audiovisuales masivos. Hay una casi ineludible visión cinematográfica en la literatura actual, y eso se ve en el retorno a la frase corta, al encuadre preciso, a la metáfora no rebuscada, al tono poético directo y a la pintura de climas. En esto, hay que decirlo, hubo algunos precursores en los años 70, y aun a finales de los 60. Pienso por lo menos en tres: Manuel Puig en Argentina; Antonio Skármeta en Chile, y José Agustín en México. Quizá podríamos agregar aquí al malogrado colombiano Andrés Caicedo.
- 4) La escritura posmoderna no parece incursionar en lo mágico, en lo real-maravilloso. Al menos, no se ve como signo determinante. Formas y estructuras parecen hoy más sencillas y comprimidas (minimalismo), del mismo modo que los contenidos suelen estar más arraigados en el recuerdo cercano, en la vivencia compartible con el lector. Hay un retorno al realismo y a la oralidad que delata la presencia fuerte de la literatura policial como vehículo de descripción de nuestras sociedades. El género negro inculca de algún modo su código expresivo, basado en lo vertiginoso de la acción, en la secuencia continua, en el constante uso del diálogo y en la dureza y/o carencia de sentimientos de los personajes. Menos fincada en mitos y leyendas (aunque pueda contenerlos), esta escritura está bastante lejos de lo ilimitado y la exageración. La escritura del posboom no se ocupa del viejo y literariamente mítico dictador decimonónico, personaje casi caricaturesco, paternalista, involuntariamente simpático al frente de una república bananera, juguetón y graciosamente arbitrario y corrupto. No, ahora nuestros dictadores son asesinos fríos e inteligentes, bien educados, que saben hablar en público y se resisten a ser juzgados. Ya no son esos simpáticos canallas que maravillaban a los lectores europeos, sino represores de carne y hueso, autoritarios reconocibles. Y ahora las dictaduras son presencias sombrías que campean sobre los textos sin explicitación, sin descripción.
- 5) En el posboom se asiste a la terminación de la literatura machista. Han cambiado modelos y preocupaciones y ya no se inventan —ni se admiten— mujeres literarias al servicio del macho y la cocina. El machismo tradicional es un verdadero símbolo de las generaciones anteriores. Pero en la posmodernidad de ninguna

manera aparecen los personajes mujeres estratificados como prostitutas-infieles-sometidas-autoritarias-castradoras-ambiciosas-esnob-objetos de placer-brujas. Y mejor aún, ahora las escritoras tienen lugar en la literatura como no lo tuvieron en ninguna generación anterior. María Luisa Puga y Ethel Krauze en México; Angélica Gorodischer, Reina Roffé y Ana María Shúa en Argentina; Cristina Peri-Rossi en Uruguay; Isabel Allende en Chile; Rosario Ferré y Ana Lydia Vega en Puerto Rico, y muchas más que seguramente olvido ocupan hoy un sitio que se les negó a escritoras como Rosario Castellanos, Eunice Odio, Herminia Brumana o Silvina Ocampo décadas atrás.

- 6) La escritura de la posmodernidad trabaja con materiales bastante desagradables que son tratados de manera nada agradable. La muerte, la violencia, la violación, el genocidio. También la desesperación, la alienación, el embrutecimiento, la contemplación indiferente del derrumbe mundial. Todo es más real y tangible (a la manera de Carver); la muerte es algo sufrido, visto y palpado. Es una escritura que devuelve una imagen de espejo donde contemplar un rostro horrible en el que destaca el pesimismo. La corrupción, el crimen de estado, el rebaje ético, la perversión, la ventaja y la transgresión, son constantes. Pero no siempre hay una condena insoslayable en estos textos. Muchos nos resistimos a admitir que las cosas no pueden cambiar, o que el gobierno de las calamidades y la exuberancia es inamovible.
- 7) Nos marcan nuevos temas finiseculares: la cibernética, las guerras encubiertas llamadas “de baja intensidad”, la mentira política convertida en estilo y en virtud la alienación televisiva, la simplificación del mundo actual que todo lo divide en buenos y malos, en blanco y negro, en comunistas y *freedom fighters*. Nos abruman la deuda externa, la pérdida de lectores, el racismo vs. el sexismo. Por eso en la escritura de la posmodernidad hay resignación y pesimismo, pero se ha abandonado aquella docencia de algunas narraciones de algunos maestros cuyas obras parecían alentar la posibilidad de cambios cuando en realidad confirmaban el desaliento. La alusión literaria que todo texto narrativo es, en el posboom me parece que se ha vuelto más sutil, es decir, menos evidente, menos moralizante, menos sentenciosa. Se ha perdido –a Dios gracias, diría yo– aquella insoportable

necesidad de escribir "La-Gran-Novela-Latinoamericana" que parecía desvelar a los maestros del boom y de poco antes.

- 8) Creo que ha cambiado el papel mismo del escritor. No hay tanto "divismo" en los autores contemporáneos. No hay grandes figuras, y si bien hay obras interesantes nadie se atreve a postularse como alimentador del mito del escritor (de lo cual me alegro). Creo que hoy la inmensa mayoría de los 200, 300, 500 o más escritores que componen este llamado posboom, ya no tienen aquella vocación por *ser exótico y mostrarse exótico* que parecía tan usual a famosos escritores que eran jóvenes hace 30 años, y que disfrutaron las mieles del boom.
- 9) Finalmente, como ha señalado Ricardo Piglia, en América Latina escribimos hoy *contra* la política. Me parece indudable que esto también nos diferencia: hoy tratamos de quitarla de nuestras ficciones, procuramos impedirle que irrumpa en nuestras páginas. Tenemos respeto por la política: la practicamos, la hemos sufrido, *por ella* nos hemos exiliado. Y por eso mismo no queremos que se infiltre en nuestra obra. Queremos que nuestras ficciones sean sólo eso: expresiones de la imaginación, invención pura. Y sin embargo, esto es imposible para nosotros y diría que es nuestro conflicto cotidiano: yo mismo, como escritor, admito que aunque suelo prohibir que la política entre en mi obra, es casi inevitable que se infiltre. Y agregaré que en América Latina –y en Argentina en particular– hoy también estamos escribiendo para sacarnos el miedo, para vencerlo, por lo cual yo completaría la formulación de Piglia diciendo que escribimos *no sólo contra la política sino también contra el miedo y el olvido*. Para decirlo de una vez: creo que, al contrario del boom, ya no escribimos ni para halagar ni para agradar ni para ser queridos. Hoy escribimos para indagar, para experimentar, para conocer, para descubrir. Pero también y sobre todo para *recordar* y acaso, así, *sobrevivir*.